

En Mendoza, Silvia. y Galindo, Adrián., *Trabajo y modernidad en Pachuca, en el Estado de Hidalgo, México*. Pachuca de Soto. (México): Plaza y Valdés/UAEH.

Trabajo y modernidad. Paradojas constantes en contextos acelerados.

Mejía Reyes, Carlos.

Cita:

Mejía Reyes, Carlos. (2012). *Trabajo y modernidad. Paradojas constantes en contextos acelerados*. En Mendoza, Silvia. y Galindo, Adrián. *Trabajo y modernidad en Pachuca, en el Estado de Hidalgo, México*. Pachuca de Soto. (México): Plaza y Valdés/UAEH.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/carlos.mejia.reyes/31>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/p6wX/mcq>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

TRABAJO Y MODERNIDAD EN PACHUCA, EN EL ESTADO
DE HIDALGO, MÉXICO

Trabajo y modernidad en Pachuca, en el estado de Hidalgo, México

**Silvia Mendoza Mendoza
Adrián Galindo Castro
(coordinadores)**



promep



Primera edición: diciembre 2012

D.R. © Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo
Abasolo 600, Col. Centro, Pachuca de Soto,
Hidalgo

© Programa de Mejoramiento del Profesorado (Promep)
© Silvia Mendoza Mendoza, Adrián Galindo Castro

© Plaza y Valdés, S. A. de C. V.
Manuel María Contreras 73. Colonia San Rafael
México, D. F. 06470. Teléfono: 5097 20 70
editorial@plazayvaldes.com
www.plazayvaldes.com

Plaza y Valdés Editores
Calle Murcia 2. Colonia de los Ángeles
Pozuelo de Alarcón 28223, Madrid España
Teléfono: 91 862 52 89
madrid@plazayvaldes.com
www.plazayvaldes.es

Corrección ortotipográfica: José Luis Castelán Aguilar
Elaboración de portada: Elizabeth Mercado León

ISBN: 978-607-482-239-7 (UAEH)
ISBN: 978-607-402-563-7 (Plaza y Valdés)

Contenido

Presentación	11
Trabajo y modernidad. Paradojas constantes en contextos acelerados.....	17
<i>Carlos Mejía Reyes</i>	
Introducción.....	17
Modernidad y autoafirmación	19
El trabajo y su categorización en la modernidad inaugural	24
Modernidad y sus aceleraciones.....	30
Ulrich Beck. Modernidad reflexiva	31
Zygmunt Bauman. Modernidad líquida	34
Anthony Giddens y la modernidad radicalizada	37
Trabajo en la modernidad subsecuente.....	40
Espectros modernos del trabajo.....	44
A manera de conclusión	51
Elementos para contextualizar la estructura de oportunidades en el marco de la flexibilidad y precariedad del trabajo	57
<i>Adrián Galindo Castro</i>	

La estructura de oportunidades: entre la prosperidad y la precariedad.....	58
El proceso de acumulación global y la diferenciación social.....	62
Metamorfosis del capitalismo y debate sobre el carácter del trabajo asalariado	69
Conclusiones	76
 El empleo en la ciudad de Pachuca.....	 81
<i>José Aurelio Granados Alcántar</i>	
<i>Laura Myriam Franco Sánchez</i>	
 Introducción.....	 81
Fuente de información.....	83
Aspectos generales	85
Los sectores económicos y trabajo en Pachuca.....	92
La evolución del empleo en la ciudad de Pachuca según la Encuesta Nacional de Empleo Urbano.....	97
Las tasas alternativas de desocupación	101
La duración de la jornada de trabajo	101
Los ingresos de los trabajadores.....	104
Migración y movilidad laboral	106
Conclusiones	110
 Entre el pico y el arado. Revisión del trabajo y vida familiar en Pachuca.....	 113
<i>Silvia Mendoza Mendoza</i>	
 Introducción.....	 113
Los ciudadanos y los otros pachuqueños	115
Los picos en la mina, el arado en la milpa y los otros trabajos.....	120

Trabajo y vida familiar	125
Consideraciones finales	130
Jornaleros agrícolas de la zona metropolitana de Pachuca en Canadá.....	135
<i>Karina Pizarro Hernández</i>	
Resumen	135
Introducción.....	136
Hidalgo y sus datos demográficos	139
Zonas metropolitanas de Hidalgo.....	142
Programa de Trabajadores Agrícolas Temporales México-Canadá (PTAT)	144
Consideraciones finales	148
Juventud y trabajo	151
<i>Martha Antonieta Díaz Rodríguez</i>	
Introducción.....	151
Empleo-desempleo. Panorama global	152
Latinoamérica empleo-desempleo.....	157
México empleo-desempleo.....	166
Jóvenes y empleo en México.....	170
Juventud y trabajo en Pachuca	170
Conclusiones	176
Acerca de los autores.....	179

Presentación

El predominio de las sociedades urbanas, la masificación de los medios de comunicación, la especialización laboral asalariada y principalmente la racionalización utilitarista son algunos rasgos que distinguen a la sociedad moderna, en ella los controles sociales, culturales y políticos están a cargo de instituciones que representan al Estado; sin embargo, en las últimas décadas, el impulso económico y el desarrollo de la tecnología de la comunicación hacen que las decisiones y políticas del gobierno en los Estados no les competan exclusivamente, para ello existe instituciones internacionales porque se dice que estamos globalizados.

La globalización como un proceso económico con expresiones sociales y culturales hace creer la compartición de valores políticos y morales comunes, introduce la cultura de masas al espacio privado y obliga al replanteamiento del trabajo en su valoración y organización. Asumiendo que este proceso de globalización se conjugan elementos como la racionalización, el individualismo moral y la sociedad-estado de derecho, nos surgen algunas interrogantes.

¿Qué sucede cuando las lógicas de producción, consumo y comunicación ya no están sujetas a los intereses de una sociedad?,

¿por qué las instituciones del Estado debilitan los controles establecidos?, ¿en qué momento la especialización laboral dejó de ser suficiente para obtener un salario? y, ¿cuándo las instituciones sociales como la familia, la Iglesia o la escuela perdieron nitidez?

Estas y algunas otras interrogantes han guiado algunas reflexiones del seminario permanente “problemas sociales de la modernidad” que un grupo de académicos emprendimos desde el año 2009, entre los diversos temas de nuestro interés, el trabajo impuso su propia importancia, especialmente cuando los procesos sociales locales e internacionales están motivados por tópicos como empleo y desempleo, los tipos de empleo, los derechos laborales, la inequidad laboral por género y edad, entre otros.

Para el mundo actual, el trabajo es de tal importancia que fue incluido como un objetivo de desarrollo del milenio, al reconocer que el empleo y el trabajo decente son el principal camino para escapar de la pobreza (ONU, 2005). En un esfuerzo por introducirnos en las problemáticas de orden local e internacional, los académicos del seminario ya mencionado, emprendimos la labor de reflexionar teóricamente sobre el trabajo y con base en la información empírica, problematizar sus expresiones sociales.

Carlos Mejía Reyes tiene en la revisión conceptual de la sociedad moderna y el trabajo su principal preocupación, asume que el trabajo es un rasgo definitorio de dicha sociedad, él revisa a teóricos de la sociología (Habermas, 1989; Parsons, 1989 y Luhmann, 2007) para deducir que la sociedad moderna se distingue del resto de las sociedades por la secularización de los procesos sociales, políticos y económicos, tal proceso fue acompañado de una ideología de la administración de los bienes, recursos y espacios según verdades universales “racionales”.

PRESENTACIÓN

El trabajo también fue parte de esa secularización, de tal manera que para el socialismo y el capitalismo como ideologías políticas y proyectos económicos, concibieron al trabajo como eje transversal de su fundamento, pero según Carlos Mejía, el trabajo ha perdido relevancia a causa de dos procesos contingentes: la maximización de la ganancia y la exacerbación del consumo.

El análisis de la estructura de oportunidades y el marco de la flexibilidad y precariedad del trabajo, es fundamental para comprender las economías del siglo XXI, pues el propósito de Adrián Galindo Castro es bosquejar un esquema conceptual de las características que rigen la estructura de oportunidades de los asalariados en economías insertas en la lógica global, para ello, considera el papel tenido por el Estado para la conformación de clases sociales y la distribución de oportunidades.

El crecimiento poblacional y el dinamismo económico de las últimas décadas en la ciudad de Pachuca, permiten a José Aurelio Granados Alcántar y Laura Myriam Franco Sánchez, preguntarse sobre los efectos en el mercado de trabajo local. Con base en datos censales, los autores muestran la consolidación que el sector servicios tiene como creador de trabajo, especialmente las actividades comerciales y los servicios no financieros. Destacan que la participación del sector industrial sigue siendo importante, pero a diferencia de antaño, la minería ha sido desplazada por la industria de la construcción, todo lo cual expresa la reestructuración económica del área urbana de Pachuca. Para su análisis, los autores se concentran en la evolución del empleo, de la tasa de desempleo abierto, en la revisión de la jornada de trabajo y en el ingreso de los trabajadores, con lo cual demuestran el proceso actual de terciarización de la economía en donde la mujer tiene mayor participación.

Las poblaciones ejidales y sus actividades laborales son abordados por Silvia Mendoza, ella revisa el comportamiento

de las actividades económicas durante varias décadas y paralelamente indaga sobre la condición del reparto ejidal en Pachuca. En su revisión, la autora reconoce que aun cuando las actividades agrícolas ocupan menos de una décima parte de la población en edad de trabajar, esto se debe al subregistro por la metodología usada para la recopilación de información, porque sólo se considera la actividad remunerada. La autora hace uso de datos cuantitativos oficiales y también recaba testimonios para demostrar que las actividades agrícolas fueron central en la vida familiar de los ejidatarios, sin por ello dejar de participar en la vida económica urbana, según Silvia Mendoza, la vida económica rural y urbana de las familias de las poblaciones ejidales, fue posible en la medida que éstas se mantuvieron como unidad de producción y consumo.

Los trabajadores agrícolas de la zona urbana del corredor Pachuca-Tizayuca, son abordados por Karina Pizarro Hernández, quien centra su atención en los trabajadores cuyas parcelas fueron alcanzadas por la ciudad. La autora muestra que los trabajadores agrícolas de Pachuca se convierten en transmigrantes al participar en el Programa de Trabajadores Agrícolas Temporales México-Canadá (PTAT). La autora destaca que la participación de instituciones mexicanas y canadienses para coordinar el desarrollo del PTAT, no necesariamente es para garantizar condiciones laborales seguras a los trabajadores agrícolas, y segundo, cuando los transmigrantes regresan a su lugares de origen, no se reincorporan a sus actividades agrícolas.

Martha Antonieta Díaz Rodríguez centra su análisis en la población económicamente activa más joven y su incorporación al trabajo. Su interés por este grupo de población lo justifica al destacar las cifras internacionales sobre el desempleo, los números son contundentes al revelar que los jóvenes son los más afectados. Para demostrar la condición que guarda el empleo en el caso de Pachuca, la autora recurre a los datos obtenidos en

PRESENTACIÓN

la Encuesta Biográfica de la ciudad de Pachuca (Enbipa, 2007), tomando a tres generaciones demuestra que los jóvenes tienen las tasas más bajas de empleo.

La reflexión sobre el trabajo como un fenómeno social, fue la preocupación que inspiró la realización del seminario *Problemas sociales de la modernidad*, desde el año 2009, los miembros e invitados emprendimos la tarea de reflexionar de manera documentada sobre la modernidad y sus implicaciones en la vida diaria de nuestro contexto inmediato, gracias a los amenos desacuerdos se generó el conjunto de escritos contenidos en este libro.

Por lo anterior, los coordinadores de la obra agradecemos la valiosa colaboración de los autores y autoridades universitarias, especial agradecimiento merece Promep, que nos brindó el pretexto de trabajar colegiadamente para descubrir las bondades de la labor en equipo.

SILVIA MENDOZA MENDOZA
ADRIÁN GALINDO CASTRO

Trabajo y modernidad. Paradojas constantes en contextos acelerados

Carlos Mejía Reyes

Introducción

Las sociedades occidentales y/o occidentalizadas desde su conformación como modernas, han tenido como característica tácita un acelerado cambio de condiciones que hace, a veces, inasible el diagnóstico empírico y conceptual de su situación en términos concretos.

En un principio, los colectivos modernos poseían una imbricada red de relaciones desde los cuales eran percibidos por los y las analistas sociales para su valoración científica, entendidas como absolutamente inmóviles y persistentes tendiendo a la conformación característica de institución social, es decir que la función residía en darle continuidad y permanecía la estructura de relaciones en tiempo y espacio definido. Tal como lo establecen los prerequisites funcionales de los sistemas sociales, requieren de una estructuración compatible y el apoyo de otros sistemas sociales así como de la búsqueda continua de satisfacción de las necesidades mínimas necesarias de los

actores sociales para mantenerlos motivados a actuar conforme las pautas y expectativas establecidas; además de ejercer cierto control para las conductas potencialmente desintegradoras y por último la impetuosa necesidad de mantener una serie de pautas mínimas de esquemas culturales y lenguajes empíricamente estables y compartidos (Parsons, 1998: 44).

Las características y ocupación de estos procesos, aparentemente, estables es la continuidad de sus formas y contenidos para la reproducción del orden social y el mantenimiento de su funcionamiento lo más imperturbablemente posible. Con ello, las sociedades mantenían en el mismo plano la consideración sobre un recurso de su interior para integrar líneas de acción directas e indirectas para su eterna funcionalidad, además de que permeaban un amplio perímetro reproduciendo líneas de acción perdurables.

El trabajo o empleo, conformó uno de los rasgos definitorios del proceso de conformación de la sociedad moderna como tal y uno de los pilares para su consecuente ejercicio, contemplándolo como un rasgo definitorio y pilastra del desenvolvimiento inflexible de las sociedades modernas. Esta noción, basada en los ejercicios pragmáticos teorizados por la disciplina científico social encargada de autocomprenderse como sociedad moderna dejó ver desde distintas vertientes la importancia del proceso denominado “trabajo” para el devenir de la civilización occidental, la sociedad industrial, la ciencia, y la creación de esquemas normativos y utópicos.

Sin embargo, tras una larga trayectoria histórica en la que procesos productivos y políticos eran guiados por paradigmas de interpretación hacia el uso del trabajo como motor hacia teleológicas tierras denominadas “progresos” o “desarrollos” de distintos colores y matices, en las sociedades modernas aceleradas, tardías o líquidas, este paradigma ha tenido en la *praxis* una serie de modificaciones a los parámetros de partida, conducción,

valoración y propósito paradójicamente a lo que fundó estas civilizaciones occidentales y/o de corrientes occidentalizadoras en distintos niveles de apreciación pragmática.

A su vez, lo que se encuentra de fondo con este ensayo es que contemporáneamente, los fenómenos sociales (así como su apreciación desde las ciencias sociales) mantienen un matiz para evaluar partiendo de la complejidad y contradictoriedad del fenómeno mismo en niveles abstractos como empíricos, característica inherente en las tramas de relaciones sociales actuales.

Modernidad y autoafirmación

Las sociedades europeas durante el proceso de conformación como colectivos pos-feudales, iluministas, rompieron las bases de funcionamiento social como las tradiciones, magia y creencias religiosas dogmáticas. En general figuraron como posibilitantes prácticos de la ruptura de los contornos míticos que acogía dirigiénte el devenir de la vida social y/o societal. El principal rasgo distintivo fue la autoafirmación del uso de la racionalidad como práctica hegemónica e ideal empleada en todos los elementos y campos constitutivos de la sociedad occidental. Ahora, el trabajo, el arte, la moral, la educación minaban el desenvolvimiento de su disciplina aplicada desde *a priori* poco fundamentados en la razón. La tradición, lo mágico e inexplicable fueron borrados del mapa de las explicaciones válidas y sostén de conocimiento aceptable.

La base del pensamiento moderno fue la razón, razón instrumental; principio imaginario inexorablemente que se contraponía vigorosamente a la tradición así como de las implicaciones que de ella emanan. La modernidad refiere su autoafirmación como racional en todos y cada uno de los

procesos inherentes también en la mirada prospectiva de su alcance normativo. Ya nada tiene sustento si se erige por explicaciones emanadas de la moral, el dogma, la tradición. La organización social de cualquier tipo o nivel con fondo costumbrista, sin fundamento en el cálculo eficiente de costo-beneficio, es absolutamente prescindible y hasta poco valioso. La explotación de los recursos naturales, el ejercicio del poder político, las jerarquías significadas por títulos y gran parte de las relaciones sociales cotidianas fueron organizadas hegemónicamente bajo este principio.

El pilar cardinal fue la absoluta y sistemática secularización de los procesos sociales, políticos, y económicos; impactando los esquemas valorativos y morales holísticos.

El concepto de modernidad se refiere a una gavilla de procesos acumulativos y que se refuerzan mutuamente: a la formación de capital y la movilización de recursos; al desarrollo de las fuerzas productivas y al incremento de la productividad del trabajo, a la implantación de poderes políticos centralizados y al desarrollo de identidades nacionales; a la difusión de los derechos de participación política, de las formas de vida urbana y de la educación formal; a la secularización de valores, normas, etcétera (Habermas, 1989: 12).

Así, el funcionamiento de la sociedad moderna mantiene uno de los prerequisites funcionales que generó ordinariamente la compatibilidad del sistema por otros sistemas y la absoluta compatibilidad de forma y fondo entre subsistemas (Parsons: 1998: 38). La modernidad se constituye por ejercicios autoreferentes para extraer de sí misma los prolegómenos de su fundamentación sin la necesidad de orientarse a partir de modelos ajenos a su propia constitución. Así, retoma los criterios normativos con procesos de clausura operativa para generar

operaciones exclusivas (Luhmann, 2007: 100). Sustentando así los rasgos distintivos de ésta para sí misma.

Este proceso, mantuvo inherente un rostro definitorio observando las conjeturas de los esquemas previos de organización. Es decir, que depositó latentemente una nueva visión acerca del tiempo; ya que abrió la posibilidad de transitar hacia estadios establecidos señalados en contraposición del arraigo al espacio y la monótona reproducción de cánones sustentados en la moral. Para la modernidad el tiempo no conoce límites y abre la posibilidad de la indeterminación de expectativas poco definidas para su arribo futuro. Una utopía que rompe con lo tradicional de los ciclos agrícolas, por ejemplo, en busca de metas siempre superiores mediante categorías como “progreso” o “desarrollo” sin definir los contenidos, direcciones o formas unívocas para encaminarse hacia ellas (Habermas, 1989: 24).

Esta tradición de pensamiento y estimación anglofrancesa comprendida como *civilización* o *civilité* percibe el ejercicio de autovaloración sobre hechos políticos, técnicos, morales o sociales como un proceso que está siempre en movimiento “de continuo hacia delante”, enarbolando las diferencias entre los pueblos y lo que es común “o debiera de serlo” desde el punto de vista de quienes utilizan el término (Elías, 2003: 380). Así, la modernidad, equiparada con la noción de civilización, asimila el ejercicio del devenir continuo a partir de exaltaciones de la inclinación hacia el futuro.

La modernidad trajo consigo también la impetuosa necesidad de implicar éticamente su proyecto filosófico a parámetros trascendentales para los absolutos ejercicios abarcales que superara los márgenes de la vida tradicional y aquéllas no modernas occidentales contemplando el ejercicio como idóneo para el “avance” del pensamiento hacia la racionalidad de los

colectivos a manera de modelo paradigmático de corte político, económico, etcétera.

La modernidad entendida contemporáneamente como primaria o de su etapa fundadora mantenía como fundamentos una serie de formas de vida universal guiadas por un quehacer típico de las sociedades europeas basadas en las relaciones condicionadas y expectativas programadas como un ser y deber ideal conforme los parámetros creados a partir de la racionalización creadora de metas hacia la opulencia y bienestar social total. Con esto se buscaba evitar problemas de “abastecimiento, impuestos y legitimación” del mismo orden moderno (Beck, 2004: 120).

La categoría implícita y explícita en este primer ejercicio que la ideología de la modernidad estipula es la intempestiva administración de los bienes, recursos y espacios de los colectivos en sus desarrollos. El orden es y fue el principal cimiento del diseño racional y motivo de vigilancia para su cumplimiento. Un esfuerzo constante de hacer al mundo “administrable” bajo argumentos de verdades universales en las que no cabía lo contingente, lo irracional o era catalogado despectivamente como de segundo orden. “La existencia es moderna en la medida en que es orientada por la urgencia del diseño: el diseño de sí-misma” (Bauman, 1996: 81). Diseño que inherentemente tiene inscrito una conjetura autoconformada de “sin nosotros, el diluvio”, es decir la modernidad posee filosóficamente la noción de que el orden y la dirección conducida mantienen inherente la verdad del camino hacia la dirección teleológicamente fundada.

Diestramente, la modernidad enarbolaba conceptualmente y en la práctica misma del desarrollo político como intelectual la certeza en la dilucidación de fenómenos sociales que partieron de nociones prefabricadas por esta ideología en temáticas como el Estado-Nación con su delimitado territorio y su particular e imprescindible identidad que daba lugar a fenómenos sociales

exclusivos de propósitos comunes, gobiernos y simbolismos compartidos activamente (Bauman, 2007: 59). De la misma manera se distingue por la “individualización programática” estructurada de una estratificación social puntualizada en función de la posesión o no de los medios de producción, orientación productiva hacia el comercio de corte capitalista basada en la explotación ilimitada de los recursos naturales apoyados en estudios científico-técnicos (racional instrumental) y se caracterizaba por su principio de organización del trabajo dividido según funciones específicas (Beck, 2004: 121-122).

En suma, el proyecto moderno conjuntaba un arsenal de procesos que priorizan el control absoluto, racional, administrativo para dirigir y conformarse como el parámetro único y factible del desenvolvimiento social basado en la racionalidad imperiosa con fines de legislar computarizadamente la vía elocuente hacia el progreso y el desarrollo con orden, pero con matices etnocentristas amplios.

Tal noción es ampliamente identificable en los desarrollos teóricos de corte comparativo y analítico que intentaron dar cuenta de situaciones particulares entre culturas distintas analizadas de occidente. La disciplina científica social europea catalogó sin mayor empacho como prominente el ejercicio político, económico y cultural europeo como el modelo al que el resto de las sociedades tendrían que ceñirse en su desenvolvimiento para así mantener o generar parámetros “adecuados” de bienestar social en todos los ámbitos de la vida colectiva. En lo político con Alexis de Tocqueville y Montesquieu, el margen económico con Saint Simón, Auguste Comte y Karl Marx, por ejemplo. Pocos fueron los desarrollos teóricos y comparativos que enfatizaron a la pluralidad de consideraciones posicionándolas como igualmente valiosas frente a las existentes en occidente, entre ellos los análisis de E. Durkheim considerando a las sociedades estudiadas comparativamente

como civilizaciones, trascendiendo la noción anglofrancesa antes descrita: Max Weber quien realizó análisis cotejados entre ejercicios de poder, economía y rasgos simbólicos entre sociedades asiáticas y europeas sin considerar a las últimas como ejemplares frente a las demás, omitiendo así los juicios propios de su época (Zabludovsky, 2007).

El trabajo y su categorización en la modernidad inaugural

Como revisamos, uno de los fundamentos de la modernidad que coadyuva a la búsqueda del progreso y desarrollo es el trabajo. Los procesos productivos, la explotación de los recursos naturales, las relaciones identitarias y algunos otros procesos que conformaron como autodefinitorios de la civilización occidental tienen al trabajo como fuente imprescindible sin la cual pueden explicarse fenómenos sociales consecuentes.

Este rasgo fundamental es lo que alimentó filosóficamente las energías utópicas en función del nacimiento y desarrollo del capitalismo con miras a la sociedad burguesa como meta caracterizada por la prominencia del trabajo abstracto, es decir, por el trabajo industrial regido por las leyes del mercado “sometido a leyes del valor del capital y organizado según criterios empresariales” (Habermas, 1988: 117). Incluso la ideología opuesta a la sociedad del trabajo burguesa estipulaba, y aún lo hace, una forma de organización social basada en productores libres e iguales del que emanaría una forma de vida comunitaria mediante la táctica y estrategia de la apropiación de los medios de producción para solventar adecuadamente la vida material prescindiendo de la dependencia de la naturaleza.

Esta ideología conformó durante largos periodos históricos el bastión inefable de los movimientos emancipadores obreros y

demás proyectos políticos de construcción de estados nación. El trabajo ha conformado el parámetro fundamental de los modelos de desarrollo económico, político y social de las naciones modernas de corte occidental y occidentalizada cuyo fin teleológico fue el absoluto orden, certeza para el desarrollo histórico de estas sociedades.

De ahí que la modernidad concibiera un “vínculo romántico” con el *progreso* como camino por el cual transitar y dirigir los esfuerzos para alcanzar estados de control de la contingencia en los niveles económicos, políticos e incluso socio-culturales y así elevar los niveles de vida a un estatus mucho más satisfactorio. La viabilidad del progreso, producto del esfuerzo colectivo o individual, intentaba el control del presente mediante la labor ética de los miembros del colectivo (Bauman, 2004: 145). Mediante este esfuerzo conjunto, instancias políticas, proyectos económicos, generación tecnológica y científica, funcionariado público izaron la bandera de la modernidad para establecer el entonces futuro.

El trabajo, entonces, tenía la habilidad de dar continuidad, solvencia y permanencia a los proyectos de nación y cimientos a las ideologías políticas independientemente del color o posición en el espectro político de disputa por el poder. Tanto el capitalismo como el socialismo, asimismo la ideología política y el proyecto económico concibieron al trabajo como el eje transversal de su fundamento. Por un lado el capitalismo mediante la racionalidad instrumental y la tecnificación de los procesos productivos, apropiados por un sector social que arrojaba beneficios y ocupación al resto de los miembros para alcanzar un estado ideal de sociedad productiva. Y por el otro, el trabajo como ejercicio que permite categorizar las etapas del desarrollo humano, e incluso la transformación evolutiva de corte biológica del “hombre”, que mediante procesos

definidos alcanzaría a impactar los distintos niveles de desarrollo humano hasta alcanzar a anclar a etapas superiores en las que el trabajo continuaría siendo el eje del sustento y legitimidad de relaciones sociales equitativas en lo material y cultural. Convirtiéndose por lo tanto en el valor máximo de la ideología moderna. “Gracias a esa habilidad, el trabajo se ha ganado con justicia, una función clave, incluso decisiva, en la moderna aspiración a subordinar, doblegar, y colonizar el futuro para reemplazar el caos por el orden, y la contingencia por una secuencia predecible (y por lo tanto controlable) de acontecimientos” (Bauman, 2004: 146).

Espíritu de innovación y construcción del futuro controlado mediante el esfuerzo de hombres y mujeres fue el margen de acción que el trabajo mantuvo durante el desenvolvimiento de las sociedades modernas que concentró las miradas y vigilancia de los Estados nacionales al implantar códigos pragmáticos de defensa así como continuidad del proyecto hacia metas de bienestar colectivo incuestionables sustentados en teorías científicas e ideologías concretas.

En un principio de la sociedad industrial, capitalista, las relaciones entre los poseedores de los medios de producción y los de la fuerza de trabajo se conformaban con base en la denominada explotación de los primeros sobre los segundos por medio de la fijación salarial sin considerar el excedente de valor que el trabajo genera durante la producción de una mercancía en la jornada laboral contratada. Este proceso implicaba que el obrero vendía por necesidad una cantidad determinada de fuerza de trabajo y vida al empresario burgués, entregándose así física y subjetivamente a la generación de plusvalor no retribuido por sus servicios (Braverman, 1987: 74). En este contexto, el Estado fungió como un instrumento político al servicio de

los intereses de los propietarios de los medios de producción, legitimando el pacto salarial mediante leyes que garantizaran su continuidad estructural (Marx y Engels, 1980).

De esto se consideraba que surgiera la categorización de grupos indisolublemente antagónicos sin alguna dicotómica contrariedad fue imposible realizar proyecciones ideológicas, análisis científicos sociales y metas teleológicas. Las clases sociales confrontadas y definidas a partir de la producción de bienes y su estatus particular en el proceso productivo guiaron las luchas sociales conformándose así como actores estratégicos; ya que en esta etapa se concibió la premisa: la economía que sustenta su funcionamiento la condición proletaria de grandes masas carece de sentido si no es en función “del hombre”. Es decir que la producción de bienes y servicios tiene como condición de vida la explotación de la clase trabajadora (Trueba, 1981: 64).

Esta condición definió a la sociedad moderna industrial como sociedad de clases. Sociedad cuya característica es fincada por la unidad de sujetos afines por las condiciones de no propiedad de los medios de producción y se organizan a partir de sus intereses para oponerse a las clases dominadoras mediante la lucha primaria por los salarios. La finalidad última de dicho movimiento es la defensa de intereses antagónicos entre los que desean perpetuar las instituciones y situaciones de poder imperantes y entre quienes pretendían derrocarlas suponía el motor de la historia moderna como de las “utopías” que del trabajo emanaban.

Posteriormente con el estado social o del bienestar mantuvo durante largos periodos este paradigma mediante legislaciones que procuraron proteger la continuidad del proyecto del trabajo de matices capitalistas, pero vigilando e interviniendo en el sistema económico para cuidar el crecimiento de la producción de bienes, regular crisis financieras, garantizar la competencia interna como externa así como las posiciones en el proceso

productivo “a fin de que se produzcan excedentes que puedan luego repartirse sin desanimar a los inversores privados”. Así, el control estatal fue legitimado por el ejercicio democrático del poder, en occidente, o sustentado con tal discurso para que generaran la práctica real o cooptada, este último principalmente en países occidentalizados, de la participación política y de defensa de los derechos sociales con miras hacia una vida de justicia social, bienestar, seguridades salariales y laborales. La finalidad última se conformó como la completa convivencia apacible entre capitalismo y democracia, así como del capital y trabajo (Habermas, 1988: 120). Precisamente el Estado velaba que el capital tuviera condiciones favorables para adquirir mano de obra y las responsabilidades inherentes en este proceso.

También custodiaba porque las organizaciones obreras mantuvieran una cohesión organizada en función de su estatus como actores imprescindibles en espacios de decisión pública ya que coadyuvaron el trazo institucional hacia la productividad, crecimiento económico y empleo.

Por su parte, las bases sociales en este contexto mantuvieron su referencia y autoidentidad en función de su posición en el proceso productivo. La clase obrera asumió imaginariamente la conformación de colectividad para oponerse a las condiciones a las que se vieron sometidos por los dueños de los medios de producción y por las nuevas condiciones de vida impuestas por el proceso de industrialización en plazas urbanas, espacio idóneo para la interlocución de iniciativas de defensa generando el carácter moral de su condición histórica y papel en el porvenir de la sociedad industrial (Trueba, 1981: 76).

El entramado de significaciones que conformaron la identidad como clase, *conciencia para sí* según George Luckacs, estaba en función de percibir colectivamente su particular condición y papel en el proceso histórico pensado dialécticamente para afrontar su destino transformador de las dinámicas

de conducción de las novelas de la humanidad. Para ello es menester contemplar la ineludible contraposición de clases a partir de la combinación de “un principio interno, profesional y comunitario de defensa de sí; en segundo lugar la conciencia de contradicciones entre intereses económicos y sociales opuestos; y la referencia a los intereses generales de una sociedad industrial” (Touraine, 1969: 38).

Desde estos parámetros el movimiento obrero buscaba impulsar de manera autónoma una serie de demandas públicas que implicaban mejores condiciones de vida y subsistencia no sólo para el sector, sino también para el amplio espectro de vida social en el cual se encontraban inmersos y directamente vinculados. Postulando así una serie de valores universales o ética universal del cual también requerían correspondencias y apoyos incondicionales para conmover moralmente a las masas de las cuales se consideraban representantes legítimos en términos formales e incluso institucionales. Así también profesaron un esquema moralista de aprovechamiento, difusión y realización de trabajo concreto para continuar con las transformaciones teleológicas conforme el canon históricamente definido por su posición y así incentivar la continuación de la defensa de los intereses colectivos generales.

Ética del trabajo permeado en distintos niveles de aplicabilidad que aseguraba el porvenir colectivo por el aporte mínimo que cada miembro para la conformación de seguridades ontológicas micros y macroestructurales. Ante cualquier aversión o incumplimiento de la ética y pragmática del trabajo por parte de sujetos aislados se generaron mecanismos de control social, apoyados y sustentado por el Estado, para transformar la moral así como diestramente su potencial y capacidad de generación de riqueza pública para integrarlo a la actividad laboral, de su previa clasificación de dicha pericia como criminal (Melossi y Pavarini, 2005: 189).

Modernidad y sus aceleraciones

En el espacio geográfico donde surgió el pensamiento moderno, y hay quienes aseguran que también en espacios donde no surgió, pero que acomodó su lógica a la occidental, ha tenido una serie de “novedades” cuyas consecuencias palpables modifican las estructuras prácticas de la vida social en distintos niveles, generando retos inconcebibles para la dirección administrada que la modernidad se jactaba de poseer.

Han surgido fenómenos sociales que no obedecen a los cánones que el proyecto filosófico contemplaba a partir de seguridades construidas en función por el cálculo de las causas y consecuencias que se planteó como finalidad. El dominio racional conformado como una estructura imaginaria que guía el desenvolvimiento del futuro controlado, sin pesares ni riesgos que minaran el devenir del proceso histórico en los distintos niveles de construcción: política, económica, ecológica, financiera, etcétera.

Después de que el proyecto moderno clasificó el total de cosas o acontecimientos para diferenciarlos pragmáticamente y así deducir su control, en la etapa contemporánea ese *otro* sale de las manos para tomar lógicas propias de acción, así como efectos incontrolables para los marcos postulados de coerción de las diferencias. Conformándose también como elementos problematizados y por lo tanto riesgosos que son menester contemplar analíticamente en cada rubro en que la modernidad permeo sus postulados. Una de las características de este riesgo es que funcionan bajo líneas de la modernidad en su primera acepción o etapa trazo; es decir los riesgos y consecuencias no son exclusivos de un territorio, sino que alcanzan dimensiones globales compartiendo en muchos sentidos los pormenores inauditos latentes de cada proceso.

Ante este panorama, la única seguridad que la modernidad posee ahora es el riesgo, lo incalculable como horizonte. Los

matices desde los cuales se diagnostica sociológicamente son variados y es menester dilucidar algunos de ellos para proporcionar una visión lo más integral posible.

Ulrich Beck. Modernidad reflexiva

Para este autor, el proceso autónomo moderno tiene como producto una adversidad consistente en el surgimiento de la sociedad del riesgo que consiste en una “fase del desarrollo de la sociedad moderna en la que a través de la dinámica de cambio de la producción de riesgos políticos, ecológicos e individuales escapa, cada vez en mayor proporción, a las instituciones de control y protección de la mentada sociedad industrial” (Beck, 1996: 201).

Así, la modernidad puede referirse en dos etapas. Una en donde las consecuencias y autoamenazas se producen sistemáticamente, pero no son tematizadas ni consideradas. Y por la otra existe una autocomprensión de la sociedad industrial en sus consecuencias autocriticándose y confrontando los marcos establecidos de la sociedad industrial. La autocomprensión y problematización de los efectos colaterales es denominada como reflexividad, es decir confrontación de los efectos que ha mantenido latentes y palpables la modernidad que no han sido calculables según los parámetros prometidos, cuestionando por ello sus fundamentos en tres ámbitos fundamentales de referencia.

El primero “a la relación de la moderna sociedad industrial con los recursos de la naturaleza y de la cultura” cuyos principios han perdido consistencia en el proceso de tránsito. El segundo se refiere “a la relación de la sociedad con los problemas y peligros provocados por su surgimiento” que trascienden los márgenes de seguridad que sostenían el orden social. Y por

último al desengaño de los “magmas de sentido colectivo” acerca de los imaginarios prospectivos de progreso, bienestar, seguridad, equidad e igualdad que sustentaron como estandartes a la sociedad industrial y democrática (Beck, 1996: 204). En suma, una crisis de legitimidad de las seguridades ineficaces a causa de la toma de decisiones en el contexto de modernidad simple, generando por lo tanto horizontes de incertidumbre y riesgo.

Riesgo comprendido como producto de decisiones que generan consecuencias no deseadas o efectos colaterales no capaces a ser administrados por las instancias destinadas a ello. La característica principal de este proceso es el cuestionamiento masivo, generalizado en distintos niveles para considerar las probabilidades de los riesgos generados y significados diferenciadamente por agentes que los valoran en función de sus constructos simbólicos particulares. Así, en esta etapa los peligros son latentes y predecibles, pero no calculables.

La ruptura de una etapa a la otra no radica en que en la última existan riesgos no contemplados ni que se prescindan de rupturas filosóficas políticas entre lo abstracto y pragmático sin considerar lo complejo y contingente; sino que en la modernidad reflexiva la forma en que se comprenden las consecuencias es radicalmente distinta y las maneras en que se confrontan a esos riesgos son ininteligibles (Beck, 2007: 38).

El panorama contemporáneo se caracteriza por ser una consecuencia de la racionalidad incontrolada cuyo avance carece de orientación. Por tanto la esperanza que la modernidad simple promulgaba como idónea se desvanece y sustituye por un retorno hacia la incertidumbre. El riesgo entonces no es ahora un tema absorbido por monopolios de explicación institucional como en la usanza previa, sino que ahora “nadie es experto o lo son todos”.

Sin embargo hay que destacar algo que es decisivo: con los riesgos se oscurece el horizonte. Y esto porque los riesgos proclaman

lo que no se debe hacer, pero no lo que hay que hacer. Con ello dominan los imperativos de estación. Quien proyecta el mundo como riesgo, en último término, se muestra incapacitado para la acción. Por lo cual, el punto a destacar dice así: el avance e incremento del propósito de control, invierte al control mismo en la aparición de su contrario (Beck, 1996: 214).

Así la incertidumbre, el riesgo y el cambio social surgen donde ninguna instancia podría haberlo premeditado y fuera de cualquier control. Por ello las disputas políticas contemporáneas centran el debate así como su posición en el espectro político en función de la dicotomía “seguro-inseguro”.

Las respuestas a ello, entonces, son generadas en función de la apertura de límites operacionales que habilita la no certeza en diversos ámbitos de la vida colectiva. Ya no caben las unívocas representaciones objetivas para explicar acontecimientos contemporáneos. Así, la delimitación de respuestas y posibilidades de acción se pluralizan a causa de la reflexividad como proceso de aprendizaje para tratar el riesgo e incertidumbre. La elección de estos esfuerzos se multiplica a tal grado que ya no es viable una única respuesta o conocimiento concluyente a nivel científico disciplinar.

En la primera etapa moderna el sujeto era considerado como una unidad del sistema social, con soberanía limitada y “subjetividad calculable” que implícitamente significa que está circunscrito a límites territoriales y subjetivos determinados y guiado en su actuar por esos fundamentos. Se contemplaba como adscrito a categorías esencialistas, institucionales, socio-culturales para delimitar su identidad social. En la modernidad reflexiva, los límites son superados y no considerados fijos homogéneamente, sino son construidos con base en las circunstancias y ejercicios de acción de cada agente para establecer límites diversificados. Ante tal pluralización de límites, los

sujetos construyen individualmente sus referencias así como las responsabilidades colectivas. “Cuando ya no está claro quién ni qué me pertenece o donde debo estar situado, cosa sobre la que no sólo yo decido, sino también otros, entonces surgen conflictos por la adjudicación de responsabilidades, para cuya resolución hacen falta completamente procedimientos, reglas y fundamentos epistemológicos seguros” (Beck, 2004: 152). Por tanto esas discusiones conllevan dilemas éticos que se deciden arbitrariamente fuera de los parámetros de la primera modernidad, dando lugar a la autodeterminación en la construcción de sí mismo.

Zygmunt Bauman. Modernidad líquida

Para este autor, la modernidad tiene como característica inherente la propensión hacia el orden mediante la clasificación dual entre orden y desorden, priorizando así como orientando sus esfuerzos continuos hacia la teleológica configuración de estructuras estables para conducirse en él con mayores seguridades. Sin embargo, al clasificar el mundo, lo que se realiza a la vez es una división entre inclusión y exclusión; es decir una ambivalencia entre opuestos que se rechazan antológicamente como producto colateral del acto de clasificar (Bauman, 2007: 408). Por ello, orden y caos son considerados por el autor como los gemelos modernos.

Ante tal panorama, la contingencia, la alteridad y demás categorías límite supuestamente controladas por la racionalidad absoluta de verdades unívocas coexisten con la racionalidad instrumental, espíritu de la etapa moderna.

Ante las incertezas, la contingencia aumenta su potencial generando espacios de imposibilidad de decisión así como creación de seguridades que alimentan la desconfianza hacia

las líneas de acción política que se jactan de mantener el orden y contener las indeterminaciones. Así los metarelatos que la modernidad suponía y creía tener en las manos, resultaron ser un autoengaño ya que ahora lo ambivalente, lo incontrolado, la incertidumbre es el común denominador. Ante la toma de conciencia de que lo ambivalente pulula, destino, como “sino” o azar, donde ahora la contingencia conforma el único horizonte de seguridad.

En esta etapa, entonces, el autor contempla el ejercicio emancipatorio como la capacidad de toma de conciencia de contemplar a la contingencia sin temor y ampliar las perspectivas que permitan cohabitar con aquello considerado extraño bajo el canon ético “Hay que dejarlo ser como es aunque no me imagino siendo así”, respetando justamente su “extrañeidad”.

Así, la modernidad en su pragmática ha trascendido los márgenes que se había establecido para su ordenación. Las relaciones sociales que se conmensuraban duraderas y estables, superando la tradición así como su fundamento, ahora suelen abatir sus propias fronteras racionales, calculadas por una lógica en constante replanteamiento libre de los cerrojos que la jaula de hierro anteponía.

La metáfora ideal que describe este proceso contemporáneo es la liquidez. Para Bauman, los líquidos poseen propiedades maleables, transformables, inestables; características que se asocian con la levedad, movilidad e inconsistencia. Rasgo definitorio de la etapa contemporánea y de sus instituciones supuestamente contempladas rígidas (Bauman, 2007: 438). “La ‘disolución de los sólidos’, el rasgo permanente de la modernidad, ha adquirido por lo tanto un nuevo significado, y sobre todo ha sido redirigida hacia un nuevo blanco: uno de los efectos más importantes de ese cambio de dirección ha sido la disolución de las fuerzas que podrían mantener el tema del orden y del sistema dentro de la agenda política” (Bauman, 2007: 441).

¿Pero cuáles son estos sólidos? Básicamente las pautas y configuraciones que la sociedad moderna se planteó. La organización del Estado así como sus respuestas ante la ambivalente e inasible conformación contemporánea de corte global por que los poderes y fenómenos no se encuadran al espacio territorial del cual tiene facultad. La organización social en sus marcos preestablecidos de adscripción inherente a territorios a causa de su oriundez, generando nuevas aperturas hacia la modelación de la vida en función de comparaciones universales, ya no parroquiales, que rompen con las máximas de responsabilidad colectiva. Este rasgo se fundamenta en que ahora la política no puede ofrecer del todo una serie de seguridades propias del estado de bienestar a causa de que las causantes de la desigualdad son de corte global, no local, orillando a los sujetos hacia la búsqueda de salidas “surfeando” las embestidas directas de cortes sistémicos; y así incentiando la individualidad en la construcción de estrategias, personalidades, identidades, etc., “Los vínculos humanos se han aflojado, razón por la cual se han vuelto poco fiables y resulta difícil practicar la solidaridad, del mismo modo que es difícil comprender sus ventajas y, más aún, sus virtudes morales” (Bauman, 2009: 39).

La organización económica en sus fundamentos espaciales; también la laboral en distintos niveles de funcionalidad, es decir a nivel de organización empresarial del trabajo, así como de la flexibilidad del empleo y de sus elementos inherentes son parte de esta idea que deja en claro que los modelos de control son ahora imposibles como indeseables.

Lo único inamovible o institucional de la época moderna, líquida, es la incertidumbre. El miedo al futuro se aventura por la incapacidad de controlar el devenir mediante herramientas que permitan construir una serie de posibilidades, o por lo menos expectativas loables, de caminos a seguir.

Anthony Giddens y la modernidad radicalizada

En la teoría de este autor, la modernidad se refiere a los modos de vida surgidos en Europa desde el siglo XVIII que se han convertido en pautas más o menos mundiales, pero que desde finales del siglo recién concluido ha tenido una serie de modificaciones que de manera discutida y analizada ampliamente han trascendido a la misma modernidad en sus parámetros filosóficos y epistémicos. Para algunos autores estas características novedosas y no contempladas han sido estudiadas para categorizar a la etapa posmodernidad, poscapitalismo, posindustrial, etc.; a causa de la ruptura con la noción de progreso calculado, es decir “el desvanecimiento de la gran narrativa” (Giddens, 2008: 16). Sin embargo, el autor toma caminos distintos de análisis al contemplar los fenómenos sociales contemporáneos con miradas sobre la naturaleza de la modernidad y sus límites, es menester trasladar la contemplación hacia las consecuencias que dicho proceso tiene como características: universalidad y radicalización.

¿Pero en qué residen las “fuentes dominantes de la modernidad” que explican su radicalización y universalidad? Parte básicamente de la idea de la separación entre tiempo y espacio, así como de su recombinación: “[...] de tal manera que permita una precisa ‘regionalización’ de la vida social; del desanclaje de los sistemas sociales [...] y del reflexivo ordenamiento y reordenamiento de las relaciones sociales a la luz de las continuas incorporaciones de conocimiento que afectan las acciones de los individuos y grupos” (Giddens, 2008: 28).

Para comprender la transformación entre tiempo y espacio es necesario considerar que las sociedades previas mantenían un control sobre la temporalidad mediante mecanismos que estaban estrechamente ligados con el territorio social. Con la creación del reloj como aparato de medición se homologaron

las organizaciones sociales temporales en distintas regiones, rompiendo así con la particularidad de su medición conforme a cada cultura o región, fijando parámetros semejantes incluso en el uso calendárico. Este proceso es denominado “vaciado temporal” ya que el espacio particular ya no controla el tiempo particular, ahora se encuentra subordinado al tiempo moderno. Su importancia para la aceleración de la modernidad radica en que es una condición *sine qua non* el desanclaje de las relaciones sociales a un lugar determinado de copresencia yacería imposible. En segundo lugar porque genera una organización racionalizada de prácticas sociales aunando lo local con lo global. Con el proceso de datación, el pasado ya no es un fenómeno anterior particular, sino común, adscrito y referido por un mismo mecanismo de localización temporal lo que incentiva su apropiación unívoca y mundial.

Al enunciar desanclaje nos referimos a “despegar” las relaciones sociales de sus contextos locales para generar posibilidades de reestructurarlas en imprecisos márgenes espacio temporales mediante los mecanismos denominados “señales simbólicas” consistentes en medios de intercambio legítimos entre distintos individuos y grupos manejados en distintas coyunturas (medios de legitimación política y el dinero). El otro mecanismo se conoce como “los sistemas de expertos” que consiste en “el conjunto de logros técnicos o de experiencia profesional que organizan grandes áreas del entorno material y social en que vivimos” (Giddens, 2008: 37). Es decir, es la confianza en el producto de aquellos individuos que generan elementos que cotidianamente usamos de los cuales no podemos verificar su absoluta calidad ya que no somos especialistas en la creación de ellos para verificarlo de manera exhaustiva y verificar su absoluta hechura, pero de los cuales confío para su uso. De esta manera se remueven las relaciones sociales de su inmediatez contextuales fomentando así la separación entre tiempo y espacio.

De lo anterior se deriva la fiabilidad como otro rasgo de celeridad de la modernidad. Fiabilidad mantiene implícita la idea del conocimiento de factores de riesgo de no ser satisfecho con el acto o persona en que se depositó un tipo de confianza. La fiabilidad implica desconocer la información acerca de a lo que se le otorga considerando, es una actividad creada socialmente, por ello es un acto ciego de fe y confianza a una persona o sistema como actitud creada socialmente.

Otra de las características definitorias de la modernidad y su aceleración es la reflexividad. Es decir, los miembros del colectivo poseen un “saber mutuo” al que recurren como esquemas interpretativos para explicar lo que dicen y/o hacen en el marco de sus prácticas y consideraciones continuas. Así los sujetos, legos, saben las razones de su actuar mas no sus motivos, contemplándose ahora a la sociedad como un producto de sus miembros y no como una imposición externa a las voluntades colectivas (Giddens, 2001: 193). Es un control reflexivo de la acción en la reproducción del sistema “a la luz de nuevos conocimientos” alteran el carácter constituyente y permanente de las prácticas cotidianas a causa de la incorporación de lo nuevo en las estructuras y su interpretación constantes. Motivo de la inestable precisión para conocer el total de los fenómenos coexistentes en la vida social. Así, los valores, la identidad, las instituciones sociales poseen un dinamismo escrutables del todo que dan lugar a formas de vida u organización social que trascienden los parámetros propuestos por el metarrelato moderno.

También es importante señalar que las acciones de los sujetos poseen un rasgo que permite su dinamismo o aceleración consistente en que las acciones poseen consecuencias no deseadas, las cuales son imposibles de calcular en sus impactos inmediatos o a largo plazo. Además de que la apropiación de las novedades por parte del colectivo se hace de manera diferenciada en función de su posición en la estructura social.

Entonces la imagen analógica que describe a la modernidad ya no es el parroquialismo que encierra a los sujetos a una monótona rutina burocrática en que todo se encuentra perfectamente determinado, sino de una “máquina desbocada” al que podemos manejar hasta cierto grado, pero que también escapa de nuestro control. Un artefacto que aplasta a los que se le resisten siguiendo un camino de direcciones imprevisibles. Es una máquina; *juggernaut* refiere el autor, que puede estar cargado de elocuentes expectativas para sus constructores y conductores, pero de igual manera de desesperanzas y consecuencias imprevisibles así como tensiones constantes entre la familiaridad con la extrañeza en distintos niveles de la vida colectiva, entre confianza personal con lazos impersonales, entre los sistemas abstractos con el conocimiento cotidiano y la aceptación con el activismo y entre la confianza y el riesgo (Giddens, 2008: 133). Es decir, una máquina desbocada porque posee defectos de diseño y fallas de los operadores como factores de peso y consideradas como consecuencias imprevistas de tal proceso.

Trabajo en la modernidad subsecuente

¿En dónde ha quedado el valor del trabajo con todas sus implicaciones sociales que mantenía como fuente? Básicamente en esta etapa se han localizado una serie de focos rojos que destapan el movimiento de estructuras que daban sustento a la sociedad del trabajo. La incertidumbre, la inseguridad, la movilidad o aceleración de procesos productivos, así como la alta tecnificación han dado giros impensables al fundamento del trabajo como eje rector de las sociedades occidentales y occidentalizadas acarreado consigo una serie de consecuencias en distintos niveles de organización social.

De igual manera, la noción de trabajo como canon imprescindible para la mayoría de los sustentos ontológicos ha virado en direcciones impensadas en un contexto que necesita retomar su control para continuar la línea operativa que le dio origen, generando con ello una serie de tensiones para proponer salidas elocuentes o asertivas a la situación desde la mirada política y económica.

Los cambios ocurridos operativamente radican en primera instancia en que la mano de obra se ha vuelto precaria, transitoria y sin la potencial generación de seguridades materiales adecuados para una vida material (política, económica, etc.) tal y como la concebían aquellos proyectistas de la modernidad temprana, deslegitimando la visión de un futuro asegurado racionalmente en todas sus ramificaciones. Lo anterior se deja ver por el elevado índice de desocupación o desempleo considerando también el subempleo, que las sociedades del trabajo han registrado en los últimos años. Los motivos son variados, entre los relevantes se encuentran los ocasionados por la competencia económica internacional en sectores que tradicionalmente se basaba la prosperidad de algunos territorios (Giddens, 1999: 424). Ante esto, las industrias han realizado cambios de adscripción territorial de manera recurrente para localizarse en espacios que otorguen mayores beneficios fiscales y de mano de obra a menor costo, dejando sus anteriores asentamientos en la incertidumbre laboral, desempleo, subempleo, etcétera (Mora, 2003: 654).

Esto a su vez incentiva la movilidad de personas en busca de trabajo trascendiendo, al igual que las empresas, el carácter nacional o localizado del trabajo, ya que lo que se mueve en estas migraciones de empresas no son las personas que laboran en dichos puestos, sino los puestos de trabajo mismos (Beck, 2007: 48) ocasionando reconfiguraciones económicas como de lazos sociales.

El acelerado avance científico y tecnológico genera también una serie de modificaciones en las tareas o especializaciones laborales para el desenvolvimiento de necesidades productivas. Por lo tanto las especializaciones laborales de grandes sectores que fueron instruidos en disciplinas operativas o técnicas han evolucionado más lentamente que los propios avances científicos y tecnológicos, así como las necesidades de mercado; de manera que cuando los potenciales de trabajadores especializados salen de las academias en busca de una posición en la estructura ocupacional sus conocimientos resultan considerablemente obsoletos e inútiles para las exigencias tecnológicas coyunturales que se demandan (Sassen, 2007: 167).

De igual manera la alta competencia empresarial por mantener las ganancias al máximo y conservarse como punteros disminuyendo costos ha generado que las empresas con alta capacidad adquisitiva hagan uso de nuevas tecnologías que coadyuvan a sus dividendos. Mientras que otras empresas que compiten en el ramo, pero con menor capacidad de hacerse de estos servicios tecnológicos, así como de sus operadores altamente calificados recurren a estrategias de readecuación organizacional para mantenerse en competencia y uno de los procedimientos es la flexibilización laboral redefiniendo las condiciones de contratación, distribución de trabajo y despidos (De la garza, 2000). Este rasgo produce en ámbitos no sólo empresariales, sino también en sectores de servicios, incluso de trabajos burocráticos estatales, la precarización laboral hasta el grado de trasladar la idea de pleno empleo a una contante orientada al riesgo sistemático y la flexibilización de contrataciones o tipos desempleo en cuanto su normatividad, haciendo al trabajo y los trabajadores vulnerables a las condiciones de conveniencia de los empleadores (Beck, 2007: 257).

La creciente utilización de aditamentos microelectrónicos en las industrias que ha reducido la demanda de mano de obra,

y con los avances tecnológicos de corte genético proyecta aún más esta tendencia. En palabras de un analista:

Este innovador campo llamado pharming convierte a los animales en fábricas químicas clonadas –introduciendo genes en su código genético– para que produzcan productos farmacéuticos y sustancias químicas en la leche. Un rebaño de doce cabras clonadas y a medida puede producir en su leche productos farmacéuticos y sustancias químicas muy superiores a los que puede producir una fábrica de miles de millones de dólares con miles de obreros. Se puede obtener la misma producción con una docena de cabras y un cuidador (Rifkin, 2008: 18).

La anterior cita deja ver algo de fondo, el nuevo panorama laboral requiere de manera sistemática personal poco calificado así como la necesidad de captar trabajadores (as) con conocimientos especializados lo cual ha disparado la distancia entre sectores sociales en función de ocupaciones altamente remuneradas y otras que no lo son; polarizando las condiciones de trabajo y seguridades laborales. La generación de este clima ocupacional en expansión prioriza modos de vida de los profesionales especializados que requieren para un adecuado ejercicio de su ocupación un importante número de trabajadores del sector servicios caracterizados por los bajos salarios que tales actividades implican. Tanto en las empresas, industrias y hogares de los sectores en crecimiento, profesionales y especializados, requieren necesariamente personal que realice trabajos de oficina, manuales, conserjes y técnicos en reparación, que sin duda es un rasgo relevante el mantenerlos laborando, pero la desventaja es que se insertan en sectores y condiciones que socavan lo que en primera instancia se buscaba de los empleos como sociedad del bienestar, es decir su empoderamiento en sectores de crecimiento (Sassen, 2008: 43).

La característica del empleo proyecta una creciente orientación hacia las labores de servicios que se mantienen en implícitas condiciones de precariedad por un lado y por el otro una especialización de conocimiento para servicios de gestoría, asesoría y más. La intersección de ambos elementos ahora imprescindibles de la economía condiciones desfavorables para los primeros, ya que la demanda gradual de servicios de mantenimiento infraestructural, con escasa calificación, así como de condiciones de vida de los nuevos gestores administrativos o financieros de alto rango que se crean agencias intermediarias del mercado laboral funcionando en atención a las necesidades de las empresas, flexibilizando las condiciones salariales, de jornadas y prestaciones legales a sus trabajadores. Con ello la estabilidad laboral del empleo asalariado ya no provee un horizonte de desarrollo profesional y laboral. Ya no coadyuva a la conformación de un proyecto de vida basado en la certeza de trabajo fijo.

Ante tal sucinto diagnóstico y considerando que bajo esta coyuntura de modernidad acelerada, líquida o reflexiva las condiciones rectoras de la modernidad en sus principales líneas mertanarrativas adquieren otros sentidos en varios de los niveles de vida social. El trabajo ha tenido cambios considerables en su pragmática, imaginarios y rasgos ontológicos moviendo con ello una serie de estructuras que es menester dilucidar.

Espectros modernos del trabajo

Tras haber cimentado en el trabajo una lógica rectora de *praxis* política, económica y ser el referente de los modelos de desarrollo que la sociedad occidental profesaba mediante esfuerzos estatales para conformarse como la “energía utópica” de la modernidad; así como conformarse como el referente básico

de la organización socio-político de las bases colectivas, ahora tal noción ha tenido una serie de síntomas que desvanecen el proyecto desde sus raíces mismas hasta por los fenómenos contextuales referidos.

La pregunta esencial que responde, en buena medida, las condiciones actuales del trabajo como utopía inefable de las sociedades modernas es:

¿Dispone el Estado intervencionista de poder suficiente y puede trabajar con la eficacia precisa para doblegar el sistema económico capitalista en sentido favorable a su programa? Y ¿Es la aplicación del poder político el medio adecuado para alcanzar el fin sustancial de mejorar y consolidar formas de vida más dignas [...]? (Habermas, 1988: 121).

La respuesta es que el estado nacional es un espacio de escasas posibilidades de abarcadura para asegurar políticas de corte proteccionista frente a las dinámicas autónomas que la economía posee en la etapa avanzada del capitalismo y mercado; y al hacerlo se confrontó con los intereses estrictamente económicos de inversores privados, aditivo a las dinámicas de los procesos productivos que la tecnificación aporta para la producción de bienes y ganancias. Con ello, la búsqueda de rentabilidad empresarial, como fenómeno soberano, genera tendencias hacia la racionalización mediante la productividad del trabajo en detrimento del tiempo requerido y numérico de mano de obra necesaria.

Con ello, las posibilidades de intervención estatal en la esfera de inversión privada, así como de los procesos productivos es casi nula y con la imposibilidad de ser garante de puestos de trabajo “como si fuera un derecho civil” (Habermas, 1988: 122). Precisamente, el estado social agota sus energías para sostener la utopía del trabajo, trayendo consigo la disolución de

instituciones de base que mantenían un contacto directo con la ideología utópica del trabajo, ya que su incapacidad de contener el flujo acelerado de la producción con los rasgos inherentes ya descritos no permite la defensa pragmática de su orientación, generando a su vez el rompimiento de solidaridades en función de la posición en el proceso productivo.

Así, la adquisición de una lógica independiente de los procesos tecnológicos que impactan los mercados de productos y de mano de obra ha traído consigo desajustes a la administración del devenir económico y político que ahora es casi imposible controlar en cualquiera de sus niveles. La búsqueda de ganancias en función de la inversión en tecnología que avanza de manera inconmensurable que prescinde sistemáticamente de mano de obra, genera desocupación masiva, derribando la ideología globalizada del sueño americano en el que el trabajo guiaba su sustento. Ahora la inseguridad a causa de la inaplicabilidad de la utopía genera tensiones imaginarias recurrentes entre la inoperancia del estado para controlar tales fenómenos ocupacionales y las demandas colectivas en busca de seguridades materiales, polarizando ideológicamente las respuestas ante estas coyunturas. De ahí la desconfianza y sentimiento de irrepresentabilidad por parte de las bases sociales hacia las instancias políticas y la baja participación social en asuntos públicos de trascendencia política (Bell, 2007: 90).

Pero adjudicar este cambio de nomenclatura simbólica a los procesos estructurales macro, limita de fondo el análisis holístico del fenómeno. Es menester contemplar que los cambios en la utopía del trabajo como eje de la sociedad occidental son producto también de procesos de cambio cultural que modifican las conciencias prácticas del amplio espectro colectivo del cual partieron originalmente. Por ello, aunado al cambio de formas institucionales de acceso y administración de trabajo

también se gestaron desde su inicio señales que orientaban su modificación de fondo y base simbólica.

El capitalismo, en el sentido cultural, partía de la premisa de lo colectivo basado en la ética calvinista del trabajo que coadyuvó a que el resto de los miembros adquirieran fuentes de sobrevivencia para alcanzar la riqueza material mediante el ascetismo y así vanagloriar a la deidad; a su vez correspondía imaginariamente el esfuerzo dándole los elementos para su continuación constructiva del paraíso en vida. En suma, una afinidad moral con intereses materiales. Sin embargo, la dinámica capitalista trascendía por mucho los márgenes éticos de los cuales partieron ya que ahora se trasladaba la práctica de adquisición material por otros caminos que contradicen la ética que le dio su origen. Ahora el capitalismo y el trabajo en busca de seguridades materiales caminaban mecánicamente despojándose de los rasgos morales y tendiendo hacia lo hedonístico. El fundamento de este fenómeno se debe a que el ejercicio protestante mantenía implícita la práctica individualista al representar la palabra sagrada bajo los propios elementos de comprensión, es decir ya no se mantenía una sola lectura de los lineamientos sagrados, sino que el protestantismo inherentemente representa la posibilidad del individualismo en la interpretación de las escrituras. Lo cual pragmáticamente se asentó como una consecuencia inesperada en los ámbitos de la vida colectiva en contextos de crecimiento y producción con base en lo material y personal incentivando progresivamente la búsqueda de la satisfacción nominal por encima del colectivo inmediato (Bell, 2007: 53).

Justamente esta idea de la búsqueda de satisfactores individuales por encima de intereses colectivos, advertencia que los teóricos clásicos de la sociología auguraron como mentalidad de época al diagnosticar la modernidad y advertir la inminente disolución de vínculos valorativos bases de la solidaridad social

en cualquier nivel de organización colectiva; rompen con la mentalidad a largo plazo de la que se valía la utopía del trabajo (así como la sociedad moderna en general) considerándose ahora la flexibilidad como “eslogan de la época”.

La coyuntural tendencia hacia la individuación en conjunción con las condiciones de trabajo estructurales de corto plazo, sin seguridades sociales ni compromisos sólidos incentivan una serie de estrategias sociales tendientes a la inmediatez en la satisfacción de bienes y servicios de ordinario consumo con el matiz ético del “aquí y ahora”. La búsqueda de la inmediatez en la satisfacción de los elementos esenciales de la vida material y las seguridades para el desarrollo personal o colectivo (Bauman, 2004: 172) son ahora el tipo de práctica hegemónica, en la que no cabe pensar en procesos de *procrastinación*; es decir el sacrificio a través del esfuerzo dirigido a la adquisición de seguridades a largo plazo, que lo que importa de forma y fondo es “el aquí y ahora”.

Ante la incertidumbre laboral, la cohesión social tiende hacia la centrifugues, hacia la individuación; némesis de la organización y solidaridad que caracterizó a las concepciones anteriores de correspondencia adscriptiva de clase social, así como su defensa como gremio. Ahora, las tendencias hacia la búsqueda de defensa de grupo en función de la pertenencia a la clase social con un proyecto de sociedad y ente motos de generación de mejores condiciones generales de vida han sido casi desechadas. Actualmente la clase obrera dejó de ser el actor histórico privilegiado debido a que según algunos estudios llevados a cabo en los territorios de mayor actividad obrera en países de tradición obrera, lo que ahora conforma la identidad en barrios obreros no es su particular condición de clase, sino las relaciones de vecindad las que constituyen su sentido de pertenencia (Touraine, 1969: 19, 39-40).

Los estudios contemporáneos han dilucidado incluso que los vínculos de solidaridad de las clases trabajadoras ahora están en función de otras actividades relacionadas con la producción en su etapa más acabada, es decir, en el consumo, por encima, incluso de la vecindad. La preocupación de las bases trabajadoras se centra en formular rasgos inherentes a las exigencias del consumo, lo que conforma su particular adscripción.

La búsqueda de placeres individuales articulados por los productos que se ofrecen habitualmente –una búsqueda orientada y constantemente redireccionada y reenfocada por sus sucesivas campañas publicitarias– proporciona el único sustituto aceptable –y por cierto muy necesario y bienvenido– de la conformatoria solidaridad de los compañeros de trabajo y de la calidez que implica cuidar y ser cuidado por los seres más cercanos y queridos en el seno de un hogar familiar y del vecindario (Bauman, 2007b: 165).

Con ello, el papel de los sindicatos en sus dimensiones operativas y papeles históricos ha desaparecido ya que sólo se conforma como una organización destinada a la adquisición de recursos mediante la afiliación sistemática e institucionalizar el conflicto histórico para participar en la vida pública como actor de segundo o hasta tercer plano. O en el caso latinoamericano como un actor subordinado al Estado a causa de su recurrente ejercicio histórico de cooperativización, rasgo contemporáneo de igual manera.

Otro elemento definitorio de los procesos de la modernidad en su etapa acelerada es el ejercicio de definición teleológica de los actores políticos institucionales para determinar el paradigma de su propuesta política. Hasta antes de la etapa de la caída del muro de Berlín, las posiciones políticas eran definidas, hegemónicamente, en función de la particular visión de la transformación de la naturaleza y las relaciones inherentes a ello. Desde la

denominada derecha, así como el centro e izquierda movían sus fuerzas políticas para captar preferencias y adeptos a la propuesta de acción a seguir basados en el axioma del trabajo, en vertientes diversas. Desde la preferencia, acusaban algunos de privilegiar a los actores en la posición de ventaja como los empresarios y burgueses, por otro lado aquellos que buscaron privilegiar al otro sector carente de medios de producción o aquellos que escudriñaron programáticamente la adecuada convergencia de intereses entre las posiciones del proceso.

Sin embargo, la definición política es especificada por los ejes de vida cotidiana y de complejidad colectiva como cultural, más que por proyectos de organización del trabajo (Bell, 2007: 105). La izquierda se caracteriza y define su preferencia por la defensa de identidades sexuales diversas, cuestiones étnicas, de género, permisividad por la interrupción voluntaria del embarazo, sociedades de convivencia, etc.; en suma apela por la multiculturalidad. En la derecha los “valores familiares”, la participación de las instituciones religiosas en los asuntos públicos, así como su introducción en los espacios de educación básica de corte público, la defensa de la vida (en abstracto) mediante oposiciones a las peticiones gay, el aborto, maternidad o paternidad de estos grupos, así la inacabada lucha contra el crimen, etc.; conforman los modelos de esta corriente política a considerar para la toma de decisiones.

Sin duda, el tema del trabajo sigue sobre la mesa para su discusión y plantear salidas elocuentes conforme la coyuntura, pero la importancia en los electores es de segundo plano, lo que no quiere decir que la desigualdad y la pobreza dejan de ser temas visibles y absolutamente debatidos, pero la preponderancia en su consideración se desplazó, también a causa de la absoluta fluidez de su contenido en los programas políticos de la elites titubeantes, así como de la ahora prescindencia de la severidad posicional de los representantes sociales ante la tendencia de su posición

valorativa e ideológica con miras a capitalizar una elección. “Los conceptos de derecha e izquierda, de lo que es liberal y lo que es conservador, se han ido confundiendo cada vez que diferentes candidatos han cambiado de parecer, especialmente cuando, con miras a los sondeos de opinión pública, afirman estar atentos a las volátiles expresiones de los votantes” (Bell, 2007: 108).

Sin embargo, ante la ambivalencia de las elites, las bases mantienen de manera rígida una serie de posiciones valorativas que ontológicamente son innegociables como los parámetros de la política académica y pragmática suponen. Por lo tanto lo politizable y de gran peso en las disputas institucionales por el poder son los rasgos valorativos complejos y contradictorios entre sectores calculadamente sectorizados mediante distritos electorales.

A manera de conclusión

Los procesos que invaden la contemporaneidad denominada moderna, o modernizada, poseen una serie de rasgos impensados proyectivamente por los fundadores analíticos de la entonces complejidad social iluminista. La razón, como rectora de los fundamentos de la sociedad tradujo a la práctica el ejercicio del trabajo como la guía hacia el progreso, al desarrollo y bienestar; suponiendo una incesante caminata hacia el frente y adelante hasta alcanzar la plenitud societal.

Sin embargo, esta vía ha tenido una tendencia a la baja. El trabajo como motor que implicaba el total de las relaciones sociales, ideológicas así como políticas ha perdido relevancia a causas de dos procesos contingentes. Por un lado, la maximización de ganancias mediante la tecnificación ha prescindido de mano de obra y por el otro lado los imaginarios han centrado su atención a otros encantos para autoreferirse a futuro para asegurar su desenvolvimiento en el último eslabón de la cadena de producción: el consumo.

Ante tal panorama, aparentemente exclusivo de las empresas e industrias, el estado a orientado su postura para dejarse llevar por la marea imaginaria social, adquiriendo matices acordes a la época y redefiniendo los supuestos fundamentales de su existencia, en una parte de él, por la imposibilidad de dar certeza del trabajo como panacea de crecimiento y estabilidad colectiva.

Lo que se encuentra de fondo es que ante el andamiaje estructural contemporáneo que denota este diagnóstico, el margen de acción movida aun por la razón instrumental apela así a la utopía del trabajo como la respuesta unívoca para salir de la etapa contingente de fundamentos desde los cuales se formó. O en palabras de Bauman, ante las contingencias de los efectos colaterales de la racionalidad, la respuesta es el aumento racionalidad que provoca, por lo tanto, mayores contingencias, pero de mayor carga de sobresalto ante el impacto de sus resultados.

De igual manera la disposición inintencionada de la fuerza de trabajo, de manera ahora negativa por su exclusión colateral, conlleva –a pesar de su descontinuada interpretación– que la fuerza de trabajo o mano de obra continúa siendo una mercancía que se vende o compra en el libre mercado. Pero al ser contemplada de tal manera y todavía manejada bajo tales metarrelatos se continúa disponiendo en realidad del destino de los seres humanos y su entorno sociocultural, ahora abandonado a su suerte y sobre todo al desamparo social, pero ahora de manera radicalizada ante el “molino satánico” (Polanyi, 2003: 124) que es el capitalismo ultratecnificado, generando aún mayor pauperización y dislocación del imaginario del trabajo y sus implicaciones macro como micro.

Referencias

Bauman, Zygmunt (2004), *Modernidad Líquida*, Buenos Aires, FCE.

- _____ (2007), *La sociedad sitiada*, Buenos Aires, FCE.
- _____ (2007b), *Vida de consumo*, México, FCE.
- _____ (2009), *Tiempos Líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*, México, Tus Quets Editores.
- _____ (1996), “Modernidad y ambivalencia” en Jostexo Beriain (comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Barcelona, Anthropos.
- _____ (2007), “Modernidad, ambivalencia y fluidez social” en Jostexo Beriain y Mya Aguiluz (eds.) *Las contradicciones culturales de la modernidad*, Barcelona, Anthropos.
- Beck, Ulrich (1996), “Teoría de la sociedad del riesgo” en Jostexo Beriain (comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Barcelona, Anthropos.
- Beck, Ulrich, BonB Wolfgang y Lau Christoph. (2004), “Teoría de la modernización reflexiva—Preguntas, hipótesis, programas de investigación en Silvia Pappe (coord.) *La modernidad en el debate de la historiografía alemana*, México, UAM-Azcapotzalco, Conacyt.
- Beck, Ulrich *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*, Barcelona, Paidós.
- Bell, Daniel (2007), “Epílogo de 1996 ‘Las contradicciones culturales del capitalismo’” en Jostexo Beriain y Mya Aguiluz (eds.) *Las contradicciones culturales de la modernidad*, Barcelona Anthropos.
- Braverman, Harry (1987), *Trabajo y capital monopolista*, México, Nuestro tiempo.
- De la Garza, Enrique “La flexibilidad del trabajo en América Latina” en Enrique de la Garza (coord.) *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo*, México, El Colegio de México, Flacso-UAM-FCE.
- Elías, Norbert (2003), “Los cambios de conducta de las clases altas del mundo occidental” en Rafael Farfán y Lidia Girola

- (comps.) *Cultura y civilización. El pensamiento crítico alemán contemporáneo*, México, UAM-Azcapotzalco.
- Giddens, Anthony (1999), *Sociología*, Madrid, Alianza.
- (2001), *Las nuevas reglas del método Sociológico. Crítica positiva de las sociologías comprensivas*, Buenos Aires Amorrortu.
- (2008), *Consecuencias de la modernidad*, Barcelona, Alianza.
- Habermas, Jurguen (1988), *Ensayos políticos*, Barcelona, Península.
- (1989), *El discurso filosófico de la modernidad*, Buenos Aires, Taurus.
- Luhmann, Niklas (2007), *Introducción a la teoría de sistemas*, México, Universidad Iberoamericana.
- Marx, Engels (1980), *Obras Escogidas*, Moscú, Progreso.
- Melossi Dario y Pavarini Massimo (2005), *Cárcel y Fábrica. Los orígenes del sistema penitenciario (Siglo XVI – XIX)*, México, Siglo XXI.
- Mora, Salas, Minor (2003), “El riesgo laboral en tiempos de globalización” en *Estudios Sociológicos*, año-vol. XXI, núm 003, México, El Colegio de México.
- Parsons, Talcott (1998), *El sistema social*, Barcelona, Alianza.
- Rifkin Jeremy (2008), “Tiempo libre para disfrutarlo o hacer filas de desempleados” en Luis J Álvarez Lozano (coord.), *Un mundo sin trabajo*, México, Driada.
- Sassen Saskia (2007), *Los espectros de la globalización*, México, FCE.
- (2008), “Actores y espacios laborales de la globalización” en Revista *Papeles de relaciones ecosociales y cambio Global*, núm. 101, Madrid.
- Touraine, Alain (1969), *La sociedad post-industrial*, Barcelona, Ariel.

Trueba, José (1981), *Hacia una sociología del trabajo*, México, Edicol.

Zabludowsky, Gina (2007), “¿Modernidad o modernidades? La visión del mundo en los clásicos de la sociología” en Lidia Girola y Margarita Olvera (coords.), *Modernidades. Narrativas, mitos e imaginarios*, Barcelona, Anthropos y UAM- Azcapotzalco.

